

Ante los retos del momento histórico, nuestra respuesta como educadores

A. MARDOMINGO ALONSO
E. PÉREZ LANDABURU

INTRODUCCION

El Documento: *El laico católico testigo de la fe en la Escuela*, concede todo un capítulo a la *Formación* del educador. Por eso, hemos querido dedicar un espacio de nuestra reflexión al proceso permanente de formación que todo educador, sensible a la vida, al hombre y a la historia, debe asumir como exigencia de nuestro tiempo.

Cabe a todo educador «Entregarse al esfuerzo que siempre supone intentar adquirir una formación, que se ha descuidado, o mantenerla al debido nivel», Documento núm. 63.

Así pues, iniciamos nuestro trabajo lanzando una mirada al pasado, para descubrir en él nuestras raíces, la experiencia educativa que hemos tenido, las luces que nos han ayudado a caminar; pero, sobre todo, las grandes lagunas a las que tenemos que hacer frente hoy.

En un segundo momento nos centramos en el presente, queriendo captar los grandes desafíos históricos que en el campo educativo la vida nos lanza.

Y finalizaremos nuestra reflexión con la nueva imagen que al educador se le exige hoy como respuesta a los grandes interrogantes que nuestra sociedad tiene y en la que la educación cristiana tiene algo que aportar.

Pensamos siempre en perspectiva de «utopía cristiana», no pretendemos que todo esto pueda realizarse de inmediato, ni que nadie reúna todas estas cualidades a la perfección. Pero, en actitud dinamizadora, queremos aportar sugerencias que nos ayuden a todos en el proceso de formación al que todos somos convocados.

UNA MIRADA AL PASADO...

La figura del laico comprometido nos aparece hoy como una fuerza desconocida en un pasado no muy remoto. Un mirar hacia atrás no tendría aquí el ánimo de criticar de forma destructiva lo que se ha hecho y vivido en épocas en las que la realidad socio-político-religiosa y los condicionamientos surgidos como consecuencia de esta realidad eran tan diferentes a los que hoy vivimos y enfrentamos. Una mirada un tanto rápida y superficial nos ayudarán, sin embargo, al análisis de una situación tan importante como es la de la trascendencia que tiene la persona y la tarea del laico educador.

Mirando hacia atrás y contemplando el campo educacional vislumbramos una personalidad oscurecida, apagada, sin gran trascendencia fuera de un nivel puramente profesional. Forma parte de un cuerpo docente de cualquier colegio religioso. Va, viene, da sus clases, sin otra relación ni otro significado que el de ser mejor o peor profesional al servicio de un centro. Se esperaba de este profesional la adhesión a un sistema pre-establecido, un sistema de autoconservación... en los cuales la participación quedaba reducida a la asistencia a clase y a dar éstas lo mejor que se supiese y pudiese. Faltaba una participación responsable y activa en todo lo que significaba vida de la comunidad educativa, crecimiento integral de los alumnos, en su educación liberadora y creativa. En el ámbito educacional —y no sólo colegial— se favorecía una educación basada en normas y leyes más que en principios psicológicos y pedagógicos, lo que hacía que el propio sistema educacional se convirtiese muchas veces en antieducativo.

La actuación del laico educador era muy reducida en nuestros centros escolares. Faltaba un caminar juntos por parte de educadores y educandos, un analizar, criticar situaciones, una actitud de diálogo y de comunicación... Tanto el alumno cuanto el educador, debían entrar en el sistema establecido y acomodarse a él. No se tenía todavía demasiada conciencia de que la acción educativa implicaba una apertura al Espíritu promotor primero del cambio y del progreso.

Así, como una consecuencia lógica, fruto de la evolución rápida en todos los aspectos de la vida del hombre, vino la crisis que tan agudamente fue sentida

en el campo de la educación. Los educadores tuvieron que dejar de «vivir de las rentas», como en tantas ocasiones se nos dijo, tuvieron que dejar de pensar que ya todo estaba hecho al terminar una carrera, que tenían que vivir de lo ya aprendido sin limitarse a reforzar algunos aspectos de su vida profesional y tuvieron que tomar conciencia de que si el hombre es un «ser en proceso», en la terminología de Rogers, era no solamente el alumno quien debería entrar en este proceso, en este llegar a ser y en esta «búsqueda continua de equilibrio» de que habla Piaget.

También en el campo pedagógico se hizo sentir la crisis. Cambiaron conceptos y cambiaron métodos. Se tuvieron presentes los «Principios de Aprendizaje», se consideró a la persona en su aspecto de totalidad y no de unilateralidad, se buscó hacer una mayor síntesis y unidad en su formación profesional y humana... Se dio mayor énfasis a la experimentación, a la reflexión y no solamente a la memorización. Estos y otros muchos factores de cambio trajeron consigo la renovación en todos los aspectos de la acción educativa. Y así la figura del laico educador apareció con nuevas dimensiones, con nuevas riquezas, con nuevas exigencias...

«La razón de más peso de ese relieve adquirido por el laicado católico, relieve que la Iglesia contempla como positivo y enriquecedor es teológica. La verdadera entidad del laico dentro del pueblo de Dios ha ido esclareciéndose en la Iglesia, sobre todo en el último siglo, hasta desembocar en los dos documentos del Concilio Vaticano II, que establecen en profundidad toda la riqueza y peculiaridad de la vocación laical.»

(*Documento*. Introd., núm. 2.)

NUESTRO HOY

La problemática de la educación de la persona se nos plantea a todos los niveles. Hay una tarea por hacer, un mundo por cambiar, una paz por la que luchar, un orden social que alterar... Y para eso no nos sirven los sistemas educativos tradicionales, porque no responden desde hace mucho tiempo a las preguntas a las cuales el hombre intenta dar respuesta. Además —y sin pretender generalizar—, muchos de estos mismos sistemas educacionales han sido también causa de situaciones injustas y deshumanas en las que hoy estamos inmersos. No basta poner «remiendos viejos en odres nuevos» (Mc2, 22). Hay un cambio, hay un camino a realizar en todos los niveles de la vida del hombre. Hay una toma de conciencia cada día más clara de la precariedad de la vida y de las cosas, de lo que ayer era y hoy ya no es.

También en el campo educacional se refleja intensamente la realidad de los cambios tan rápidamente vividos a través de los tiempos y reflejados a todos los niveles. Nos enfrentamos con una realidad esencial: lo que está en juego

es la transformación radical de las estructuras actuales y la necesidad de hacer emerger un nuevo estilo de ser y de hacer. La presión del avance de la ciencia y de la técnica se plasma rápidamente en lo cotidiano, y la tarea creadora se hace cada día más urgente para el hombre de hoy.

La importancia de la educación es fundamental para intentar conseguir la transformación de mentalidades y de estructuras. Es necesario llegar a lo hondo del problema, buscar los grandes desafíos históricos, las grandes posibilidades que se le ofrece al hombre de hoy y replantearse el sistema educativo en sus mismos principios fundamentales.

Toda esta realidad histórica y social, la complejidad que sacude a nuestro mundo, incide profundamente en los aspectos educativos y pedagógicos. Dos realidades son cuestionadas y sacudidas: el concepto del hombre y la transformación constante de la sociedad... A raíz de estos cuestionamientos también la figura del educador, su formación, es cuestionada por la necesidad que hay de dar una mejor respuesta a los desafíos que se le hacen en su tarea de colaborar en la construcción de una sociedad que cambia y que ni siempre es ella misma educadora ni forjadora de hombres.

Por esos y otros muchos motivos, la naturaleza cambiante de la sociedad tiene que estar presente en la formación de las personas que por vocación y por profesión dedican su vida a la formación de otros. Hoy no podemos quedarnos parados en el tiempo. Es necesario que, como educadores, nos abramos a un mundo nuevo que surge, a un nuevo tipo de hombre que ya ha aparecido. Y este nuevo tipo de hombre —que, en opinión de Carl Rogers, se caracteriza por: su deseo de autenticidad, de dar prioridad a la persona y no a las instituciones, por el poco interés demostrado hacia los bienes materiales, por intereses no moralistas, por el deseo de crear relaciones profundas, por su escepticismo por la ciencia, por la búsqueda de un universo interior, por la búsqueda del equilibrio con la naturaleza, por considerarse como ser en proceso*... nos desafía constantemente a la formación de educadores que corren el riesgo de quedarse estancados y parados en una historia que avanza y que no espera por nosotros.

«Contribuyan, pues, con sus iniciativas, su creatividad y su trabajo competente y entusiasta en este campo, como cosa propia de su vocación, para que todo el Pueblo de Dios pueda distinguir con más precisión los valores evangélicos y los contravalores que esos signos encierra.»

(Documento. CI, núm. 10.)

* C. ROGERS, 1977, 215 p. Edición Lengua portuguesa.

EN LA IGLESIA...

También la Iglesia acepta el desafío e intenta dar respuesta a toda la problemática que el mundo de hoy nos presenta. A partir del Vaticano II, el esfuerzo se hace cada vez más intenso y se extiende y llega también al sistema educativo, asumiendo como tarea prioritaria la formación de los agentes educacionales, la actualización de los programas y de los métodos de enseñanza, el desmonte del aparato formativo de grupos y de instituciones... Hay un esfuerzo gradual e intenso por formar comunidades educativas, comunidades cristianas que integren a todos los miembros que hacen parte del proceso educativo. Y así, también el educador laico se siente obligado a entrar en un movimiento de renovación, a buscar su identidad, a tomar conciencia de su papel decisivo en la complejidad de la tarea educativa.

«De ellos depende, fundamentalmente en la actualidad, el que la escuela pueda llevar a la práctica la realización de sus propósitos e iniciativas.»

(Documento. Introd. 1.)

Existe un gran esfuerzo por adaptarse a situaciones nuevas provocadas por tantos factores ya de todos conocidos: políticos, sociales, económicos, culturales... que exigen de todos y de cada uno una mayor preparación para el ejercicio de cualquier profesión. Actualmente, estas exigencias —sobre todo con respecto a educadores cristianos— se hacen mucho más intensas por parte de la sociedad en la que nos movemos. No hay duda de que la Iglesia, desde sus instituciones educativas, intenta dar respuesta provocada muchas veces por la presión a que está sometida desde los poderes públicos.

En esta situación, la figura del educador laico adquiere una importancia extraordinaria, pues:

«su presencia es necesaria para la integral educación de la niñez y de la juventud.»

(Documento. Introd. 2.)

Y no es solamente por la falta de vocaciones a la Vida Religiosa por lo que la figura del laico educador es valorada, sino, sobre todo, lo es porque en la Iglesia se redescubre su misión como importante «testigo de la fe» en una comunidad de creyentes y en un mundo descristianizado.

La Iglesia, como signo del Reino, está esencialmente destinada a llevar el mensaje de Jesús, siempre en tensión de fidelidad al principio de «encarnación» y a apuntar para algo más. La Iglesia se presenta en todos los aspectos de su misión como «activa y responsable». La comunidad de creyentes se va construyendo en esta Iglesia de acuerdo con las situaciones sociales y de

acuerdo también con la conciencia de ser peregrina en sus propias instituciones. Ese talante de tender hacia el Reino potencia los factores de cambio, potencia la persona del educador laico, así como la tarea de su formación.

«Como todo cristiano, también el laico es partícipe del oficio sacerdotal profético y real de Cristo, y su apostolado es la participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, apostolado al cual todos están llamados por el mismo Señor.»

(Documento núm. 6.)

Ser educador cristiano exige estar empapado por el dinamismo del Exodo y no estar anclado en formas y estructuras del pasado. Es esencial el revalorizar la figura del laico educador y crear un sistema de formación que en la Iglesia eduque para el cambio y para los retos que la sociedad nos lanza de continuo.

A TIEMPOS NUEVOS, IMAGEN NUEVA DEL EDUCADOR

Urgen nuevas respuestas ante la realidad concreta que hoy vivimos, y esto vale también para el campo de la educación religiosa.

No pretendemos una puesta al día a base de «retoques», respuestas que fueron dadas en situaciones muy definidas, pero que hoy pertenecen al pasado. Eso sería no comprender toda la magnitud del problema que se plantea hoy a niveles universales en todo lo que se refiere a la educación del hombre.

Vivimos una situación radicalmente nueva, original, estamos ante un cambio que afecta al hombre vitalmente. Y un cambio así tiene que repercutir inevitablemente en todo el sistema educativo. La educación cristiana, situada en este marco, no puede ser una excepción.

Se nos exige, como educadores cristianos:

Una formación centrada en la vida, dentro de las angustias, las esperanzas, las grandes intuiciones de los hombres hoy, pero apuntando también para más allá de las ideologías, las organizaciones, la hipertrofia institucional.

Una formación centrada en la persona, como hombre, como creyente y como educador. Y no será tanto cuestión de acumular conocimientos teóricos cuanto permitir y lograr que toda la persona del educador sepa vivir y expresarse en libertad, orar gratuitamente, compartir fraternalmente y hacer su propia síntesis cristiana de manera sabia, con esa sabiduría que a él le corresponde por su función educativa.

Una formación centrada en la relación y la comunicación. Donde poco a poco se va haciendo un hombre abierto a Dios y a los hombres; inmerso en el mundo, en la cultura de su entorno, en el ambiente educativo que le ha tocado vivir. Comprometido con el mundo, testigo de la fe en medio de sus alumnos.

A. Formación cristiana en proceso dinámico

Todas estas exigencias, somos conscientes que no se pueden reducir a unos pocos años. La formación tiene que ser concebida como tarea para toda la vida. Entiendo al hombre, al educador en este caso, como ser «inacabado». Su vida entera es un hacerse, un potenciar todos los valores humanos que pueden ir apareciendo a lo largo de su vida.

Uno de los principios fundamentales de la educación nos habla de que el hombre permanentemente es educable, capaz de maduración a todos los niveles, receptivo para tomar conciencia, cada vez más clara, del mundo que le rodea, de su ser «persona-en-relación», de sus posibilidades nunca totalmente potenciadas.

La atención al hombre en proceso de formación hace necesaria la tarea educativa también a niveles cristianos: «La formación religiosa, por su parte, no puede entenderse para el educador católico al término de sus estudios medios... —se le exige— estar a la altura de su fe de hombre adulto, de su cultura humana y de su vocación laical específica.»

(Documento núm. 65.)

Queremos recordar aquí las palabras de Tertuliano: «Los cristianos se hacen, no nacen.» Y lo recordamos no como hecho propio de los primeros siglos del cristianismo, cuando los creyentes tenían mucho que aprender de su religión porque todo les era nuevo. La expresión de Tertuliano tiene un profundo significado para nuestra realidad actual como educadores. El cristianismo, mientras vive en este mundo, está siempre en proceso, buscando las formas nuevas de acercamiento a la madurez del hombre. Nunca el cristiano está acabado, siempre los retos históricos le mantendrán atento para saber buscar la significación cristiana a los grandes interrogantes del momento.

Por eso, no podemos concebir, cristianamente hablando, un «período de formación» limitado a un tiempo determinado, una vez acabado, el cristiano ya estaría preparado para vivir su fe en el mundo. La inquietud por la formación es una actitud permanente. Siempre se es «catecúmeno», siempre estamos a camino... buscando la utopía del REINO. «El hecho de que esa necesidad de actualización sea constante la convierte en una tarea de formación permanente.»

(Documento núm. 68.)

Ya no podemos pensar en una educación limitada a un período de tiempo determinado, durante el cual se adquiere una serie de conocimientos y experiencias religiosas que capacitan al educador en su tarea. En la nueva concepción de hombre y de cristiano, esta formación deberá extenderse a lo largo de la vida. En su andadura histórica el creyente está llamado al crecimiento, a la madurez, a buscar el significado de su vida a la luz de la Palabra de Dios.

Sólo en esta dinámica de formación constante el educador podrá ser testigo de la fe en el ambiente en el cual deberá desempeñar su tarea.

Pensamos que el primer paso para que esto se realice es crear conciencia de la necesidad de formación que todos tenemos. Es verdad que en ciertos momentos se hará necesaria una formación más intensa y específica, pero todo dentro del proceso de formación permanente, donde los momentos fuertes no tienen por qué situarse, todos ellos, al principio de iniciar el proceso, a lo largo del mismo tendremos que conceder profundidad e intensidad a nuestra formación.

B. Espacios de formación

El educador creyente que quiere asumir evangélicamente su vida como hecho histórico del que él también es participante y ayudar al grupo que se le ha confiado a descubrir el sentido cristiano de su vida se encuentra ante el hecho de buscar espacios de formación que le ayuden en el proceso educativo que él quiere iniciar o dar continuidad.

1. La comunidad cristiana

Este espacio educativo nos parece de un valor extraordinario como lugar de humanización, de evangelización y de educación de la fe adulta. Sabemos de las grandes dificultades que se encuentran para descubrir una comunidad cristiana, donde el grupo creyente sea capaz de aceptar la aventura de la PALABRA en sus vidas, se deje interpelar por ella, la comparta con los hermanos, la celebre... y esta misma PALABRA empuje al grupo de creyentes hacia el compromiso. Un intento de comunidad cristiana así es el espacio propicio para que el proceso de formación del educador madure y se dinamice.

En el mismo seno de la comunidad nace la renovación de la Iglesia en la línea que el Concilio Vaticano II nos pedía. Es la comunidad que nos ayuda a interpretar, a la luz del Evangelio, los signos de los tiempos. Es la comunidad cristiana el mutuo apoyo de la fe, plataforma para el compromiso cristiano personal, comunitario, social y político. Un valor para cambiar la imagen, a veces deteriorada, de nuestra Iglesia.

La comunidad es, pues, espacio permanente de formación, ella nos aleja de una religión alienante, confortable e individualista, ella nos empuja —por su propio dinamismo— a una fe inquieta, solidaria, creadora, evangélica, crítica, en constante búsqueda.

«Dentro de la comunicación eclesial el educador laico-católico... puede adquirir plena conciencia de sus necesidades personales en el campo de la formación... para entregarse más enteramente al compromiso social que tal formación exige.»

(Documento núm. 63.)

2. Centros educativos

El educador laico necesita también centros educativos que le proporcionen una teología capaz de ayudarle a hacer su síntesis personal entre conciencia histórica y conciencia eclesial: «... su propia síntesis entre fe y cultura».

(Documento núm. 64.)

Por eso, el educador necesita de una teología que sea fiel a la Tradición de la comunidad creyente, cuyo fundamento último es el acontecimiento liberador de Jesús, y la apertura al lenguaje en que se encuentra históricamente el hombre de hoy.

Pensamos, por tanto, que el educador cristiano deberá buscar centros académicos de formación teológica, con una programación dirigida a educadores cristianos, más que a investigadores teológicos. Una teología básica, fundamental y rigurosa en su estructura científica también. Una teología encarnada, con significación concreta para el hombre, por eso estos centros tendrán que ofrecer posibilidades pedagógicas y metodológicas adecuadas a la educación actual.

3. La vida

Por último y simultáneamente a todo lo dicho, la vida debe ser, para el educador cristiano, espacio de formación continua.

La sensibilidad a los acontecimientos, los ojos transparentes para captar los signos de los tiempos, la puerta abierta a la historia... son las actitudes exigidas para que el educador vaya descubriendo, en cada momento, los grandes retos, los profundos desafíos, los serios interrogantes de nuestro momento actual, retos que exigen una postura determinada, un talante nuevo de ser educador cristiano hoy.

El educador no es un hombre de espaldas a la vida, es alguien profundamente a la escucha del mundo, de los gritos de los hombres... dispuesto siempre a la conversión, al cambio de perspectiva, cada vez que vea que la vida así se lo exige.

Sólo un educador que tiene a la VIDA como espacio permanente de formación podrá prestar un servicio válido a los niños y jóvenes que hacen sus primeros ensayos de encarnación en el mundo y en la historia.

C. Respuesta del educador al hombre concreto

Todo lo que hemos ido viendo exige un largo proceso de formación, no sólo a nivel intelectual, sino abarcando toda la globalidad del hombre. Y aunque

no estemos acostumbrados a ver las cosas así, el «hacerse cristiano», el ser educador de la fe de otros muchos, debe entenderse como algo globalizante, extensible a toda la realidad del hombre, algo que va a determinar su ser en profundidad, haciendo emerger una nueva personalidad, capaz de dar una respuesta significativa al hombre de hoy. «Especialmente se requiere en el educador una personalidad espiritual madura que se exprese en una profunda vida cristiana.»

(Documento núm. 60.)

Esta personalidad madura es la condición indispensable para que el educador cristiano haga fiable la Palabra que anuncia: «Dispuestos siempre a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza.» I Pd 3, 15.

Es la vida del educador cristiano la respuesta más convincente a los grandes interrogantes de sus educandos. Es en su comportamiento que se encarna el mensaje de Jesús. Y no hablamos aquí de una personalidad excesivamente moral y perfeccionista, sino de un talante nuevo de ser y estar en el mundo.

El educador desempeña el ministerio de la Palabra, no por su competencia teológica o metodológica, sino sobre todo por su conversión a la Palabra, por la experiencia de fe que él, como cristiano, ha vivido y quiere compartir. Ser educador católico es haber acogido el mensaje de Jesús como razón esencial de vida.

El educador cristiano no se presenta ante sus educandos como modelo de vida. El anuncia un mensaje que no es suyo, iluminador e intérprete de toda vida encarnada en la historia, capaz de dialogar con la cultura, la modernidad, las ciencias. Buscando dentro y en el mismo corazón de la vida un estilo nuevo de vivir según el programa de las Bienaventuranzas.

El educador, por el mero hecho de ser cristiano y creyente en Jesús, no lo tiene todo, ni lo sabe todo, ni lo puede todo. El, como todos sus educandos, está en proceso dinámico de conversión y formación.

La respuesta que se exige al educador hoy es la de una sensibilidad especial para captar, en cada momento histórico y en cada grupo humano, la orientación educativa-cristiana que deberá dar: «Será él mismo quien tenga que enfocar las materias ante sus alumnos, de manera que propicie en ellos, primero, el diálogo y, luego, la ulterior síntesis personal entre la cultura y la fe.»

(Documento núm. 64.)

Sabiendo que esta orientación está sometida a variaciones y a cambios constantes, donde ininterrumpidamente se suceden nuevos planteamientos exigiendo nuevas respuestas, teniendo como paño de fondo el talante dinámico que debe mover, en cada paso, el proceso permanente de formación.

Esta respuesta del educador cristiano exige una conciencia clara de que él también está en proceso continuo de formación. El, como todos los creyentes,

necesita madurar y profundizar su fe, buscar las claves históricas para que su respuesta sea realmente «educativa», es decir: partir de la propia experiencia de los educandos, ayudarles e descubrir la significación del mensaje cristiano interpretando los acontecimientos, la vida, la propia experiencia humana, a partir del acontecimiento histórico de Jesús de Nazaret.

Se le exige al educador cristiano una respuesta de constante búsqueda, siempre a camino, de exigencias continuas, conscientes de que, como educador, él también es aprendiz en el arte de vivir y en el arte de educar. Educación que exige, hoy más que nunca, una adaptación constante a la situación, a la realidad concreta y, sobre todo, al educando que se le ha confiado.

CONCLUSION

Somos conscientes, como educadores cristianos, que el sistema educativo en la Iglesia está afectado por los cambios profundos que se están dando en la concepción del hombre que surge en el momento actual. Por eso, la formación deberá ser revisada a la luz de esta nueva realidad.

La formación permanente no es un parche accidental en el proceso de formación, es una actitud en el educador de la fe que debe orientar toda su vida.

La actitud de permanente formación es uno de los factores decisivos del ser cristiano. El laico educador no sólo se forma para prestar un servicio a sus alumnos, ni para enseñarles la religión, sino para crear actitudes, ayudarles a hacer una relectura cristiana de la historia, buscar maneras de transformar la realidad social injusta y deshumana, y poco a poco encaminar a los educandos hacia la construcción de la comunidad.

Es en la formación permanente de los educadores cristianos que se encuentra una de las claves de la renovación y transformación de la Iglesia. La formación permanente debe realizarse en centros adecuados: sensibles al hombre, a la sociedad en la que este hombre vive. Pero también el educador sabe que un espacio privilegiado de formación es la comunidad cristiana, toda ella esencialmente educativa. Lugar de formación y maduración de la propia fe, la comunidad debe ofrecer espacios y tiempos fuertes para la educación del hombre en el sentido de saber interpretar su vida, a la luz de la Palabra de Dios.

Los nuevos sistemas de formación en la Iglesia deben ser consecuencia lógica de la interacción entre una formación permanente y sistemática y un estar atentos al momento presente, buscando cómo iluminar significativamente las grandes esperanzas, aspiraciones y angustias del hombre contemporáneo.